

ALTERIDADES

Alteridades

ISSN: 0188-7017

alte@xanum.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Iztapalapa

México

ACEVES LOZANO, JORGE E.

Memorias del vecindario: de una historia oral de La Candelaria, Coyoacán

Alteridades, vol. 8, núm. 15, 1998, pp. 67-81

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74745550007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Memorias del vecindario: de una historia oral de La Candelaria, Coyoacán

JORGE E. ACEVES LOZANO*

...la historia es una fuente de inspiración y entendimiento que proporciona no sólo el medio de interpretar el pasado, sino también la mejor atalaya crítica para examinar el presente. Así pues, creemos que la historia debería de convertirse en una propiedad común, capaz de configurar la comprensión que las personas tienen de sí mismas y de la sociedad en la que viven.¹

Una asamblea de ciudades con memoria

La Ciudad de México está constituida como una asamblea de voces que, en diferentes momentos y discursos, nos dan cuenta de la diversidad de historias que contiene. Intentar una aproximación sociohistórica a este centro estructurador de la megápolis es todo un reto, que no siempre es posible o fácil de sortear.

Esta metrópolis es calificada por sus estudiosos como sumamente compleja en su estructura y funciones, diferenciada en sus diversos órdenes y ámbitos sociales, fragmentada y polarizada en el acceso y disfrute de sus recursos y ofertas diversas, contradictoria a lo largo del tiempo y claramente el resultado de un ejercicio del poder centralizado y concentrado en un lugar socialmente construido e irrepetible en el territorio nacional. Es todo un caso de fenómeno urbano, de problemática social y económica, de vida creativa y experiencia cultural, de lucha y movimientos humanos, de miseria y riqueza extremas, etcétera (cf. García Canclini, 1994; VV.AA., 1994 y Piccini, 1996: 27-32).

La ciudad y sus actores sociales forman un mosaico heterogéneo, que contiene una pluralidad de existencias, mismas que comparten pequeñas y grandes historias. La ciudad es un escaparate y un contenedor de diferencias y complementariedades, con tendencias a la uniformización y con experiencias arraigadas en las particularidades y las raíces locales y comunitarias. La ciudad tiene, por lo tanto, muchas memorias, muchas historias, muchas experiencias que como un rompecabezas sociocultural está recomponiéndose y armándose constantemente. Los habitantes de la metrópolis la viven y la recrean diariamente, en diversos ámbitos y niveles, con diverso impacto y resonancia, con desigual ganancia o pérdida. Los urbanitas están interconectados por redes invisibles y otras más sensibles; comparten sistemas de ideas y valores, de creencias y significados sobre su ciudad y su territorio propio, generados por sus antepasados, pero ahora también apropiados y puestos en circulación modificada por los modernos sistemas de información y media/manipulación (cf. García Canclini, 1996: 9-24 y Sevilla y Aguilar, 1996).

La ciudad capital en su constante crecimiento se acercó y apropió de los pueblos, barrios y demás territorios circundantes. La integración tuvo costos y ganadas. Las historias locales dan cuenta de ello, la memoria popular reconstruye con frecuencia este proceso y "re-arma" la experiencia del vecindario desde su particular punto de vista.² Por lo que la gran ciudad se ha compuesto y estructurado también con las pequeñas partes

* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente.

¹ Tomado del "Editorial" de *History Workshop Journal*, núm. 1, primavera 1976, Oxford, Ruskin College.

² Cf. Samuel, 1976: 191-208 y Samuel *et al.*, 1984. De Samuel ver allí mismo su texto: "Historia popular, historia del pueblo".

absorbidas, algunas sufriendo la extinción, otras la reestructuración, otras pocas la lánguida supervivencia de fragmentos o “islas socioculturales”. La Ciudad de México contiene de esta forma sus propias islas culturales, que son contemporáneas y no son excéntricas supervivencias socioculturales. El anacronismo sería no mirarlas y no incluirlas en la dinámica de acción y participación en la ciudad global. Su presencia da cuenta de este proceso contradictorio y no acabado de homogeneización urbana que parece hegemonizar el tiempo actual. Los habitantes de las “islas exóticas” participan de su modo y en sus tiempos en la gran urbe. Lo hacen con base en un bagaje cultural resignificado y funcionalizado a la era y contexto sociohistórico que los enmarca. No están “fuera” sino dentro del rompecabezas de esta gran “asamblea de ciudades”.

De esta manera, las voces, las memorias, las experiencias vitales de los habitantes de los pequeños pueblos y barrios tradicionales conurbados a la gran capital son una parte importante y significativa para conocer y comprender el propio desarrollo y la dinámica tan compleja que ha experimentado, a lo largo del tiempo, nuestra Ciudad de México.³ A punto de finalizar el siglo XX, el proceso de integración de las localidades a la megalópolis aún no ha concluido, la tendencia a la supresión de las diferencias sigue vigente, la resistencia a tal proceso sigue manifestándose. Las historias locales, las luchas y movimientos urbanos de muy diverso tipo ejemplifican este proceso y estas tensiones sociales.⁴

No será posible abordar la compleja y problemática historia y desarrollo de la gran metrópolis sin considerar las particularidades y las resistencias ofrecidas por las pequeñas “islas” y fragmentos socioculturales conurbados por lo menos desde los años veinte y treinta del siglo que ya está por terminar. Abordar la historia de la Ciudad de México, considerando las historias locales es querer contribuir a la elaboración de otro tipo de discurso historiográfico que intenta no excluir a los minúsculos ni desdeñar las voces y memorias que surgen al intentarlo.

Las fuentes orales de la memoria local de los vecindarios son por lo tanto un recurso necesario e importante para experimentar y construir una versión más plural y quizá más polifónica de lo que es, y ha sido, vivir y construir la Ciudad de México. La pluralidad de actores y de lugares nos acerca a la posibilidad de

dar cuenta de una ciudad diversa, compleja y necesariamente más rica en todos los órdenes de la vida humana (Aceves, 1997).

Las fuentes orales de la memoria urbana

Los pueblos y barrios tradicionales que experimentaron la incorporación desigual a la mancha y ritmos urbanos de la Ciudad de México no son territorios autocontenidos y aislados del contexto que los engloba, no son entidades humanas autárquicas ni cuerpos sociales cuya dinámica propia se explica sólo y exclusivamente al interior de sus marcos y dinámica sociocultural. En este sentido, no son “islas” alejadas por un ancho mar de por medio, sino que son pequeños territorios urbanos contruidos y preservados con elementos propios de identidad, sostenidos en prácticas y representaciones socioculturales generadas y transmitidas regular y tradicionalmente de forma oral.

Estas pequeñas localidades, antes de su conurbación a la Ciudad de México, expresaban una heterogeneidad hacia su interior con rasgos y características más claras en términos socioeconómicos y culturales; posteriormente, subsumidas a la metrópolis, manifiestan y persiguen una mayor homogeneidad hacia su interior con el fin de preservar una diferencia respecto del “exterior”, o sea de la “gran mancha urbana”. Los pueblos y barrios tradicionales reivindican raíces propias, reales o inventadas, arrancadas del olvido, reapropiadas y refuncionalizadas en la actualidad, de frente a demandas de integración y homogeneización, que hacen tabla rasa con los reductos urbanos y culturales ajenos a tales entidades y dinámicas modernizadoras. Así, en el pasado, la heterogeneidad había que encontrarla en el interior de la localidad, en la actualidad se complica la situación: hacia dentro se preservan elementos de identidad propios para reforzar el cuerpo social y lo relacionado con lo colectivo; y hacia el exterior se expresa la diferencia y el derecho a la diversidad, impulsando particularidades y las tendencias individualistas.

Los pueblos y barrios de tradición popular, que sin mediar una intención de definición rigurosa he nombrado como “islas culturales”, son localidades interconectadas y vinculadas a modos y procesos

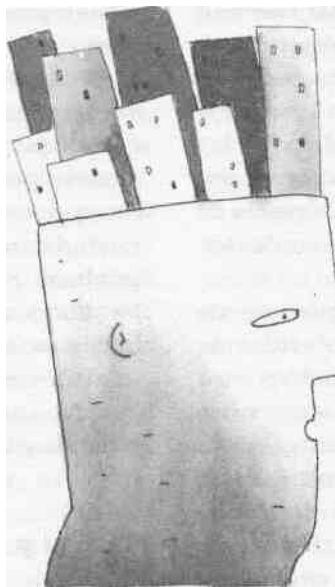
³ Ver la importante obra de Andrés Lira que ha inspirado trabajos recientes de historia urbana de tipo local: Jorge Aceves, 1989-1990: 67-70; así también el enfoque de investigación histórica (“Invitación a la microhistoria”, SEP-setentas, 1973) difundida por D. Luis González González que ha sido por más de dos décadas estímulo e inspiración para la investigación histórica que se interesa por la expresión regional y local; tampoco hay que olvidar los aportes metodológicos iniciales (en torno a las historias de familias y de vida) del criticado Oscar Lewis (1961); véase además Aceves, 1994: 27-33.

⁴ Algunos ejemplos se encuentran en Rosales (1994).

sociales diversos con la metrópolis. Y no sólo mediante los canales de los procesos masivos de comunicación, sino en lo que es estar y vivir en la Ciudad de México, en lo que es trasladarse y trabajar en sus recintos productivos, en lo que se comparte como común, en las marcas y linderos socioculturales, y en los significados que se producen socialmente y se comparten selectivamente, en fin, en lo que implica ejercer cotidianamente el territorio propio. Los pueblos y barrios de tradiciones y rai-gambre popular son parte del universo de la marginalidad urbana y, no obstante, están solamente “marginados” en cuanto a la derrama de los beneficios prometidos por las nuevas políticas neoliberales; ya que son entidades urbanas que están desempeñando papeles específicos para la reproducción social y productiva de la urbe capitalista global. Acercarse al conocimiento de la Ciudad de México, considerando estas localidades y sus particularidades creo que puede ayudarnos a comprender un poco más cabalmente esta compleja asamblea de voces y experiencias de vivir diferentes ciudades dentro de la misma mancha-fenómeno urbano: la Ciudad de México.

Como localidades de antigua ocupación, los pueblos y barrios tradicionales conurbados en el siglo XX contienen aún un caudal de experiencias y vivencias en los aposentos de sus memorias comunes y colectivas. Las fuentes de la memoria local son de carácter eminentemente oral, la materia prima está hecha de evocaciones, recuerdos, vivencias, historias y relatos de vida. El testimonio personal y las tradiciones orales populares son patrimonio de los vecinos de estos barrios y pueblos, son parte del bagaje cultural que se preserva y transmite a través de las generaciones, y que aparece reconstituido gracias a las demandas y peticiones generadas desde el tiempo presente. Los núcleos de identidad preservada, a pesar de la desestructuración sufrida por la expansión de la gran urbe, son valorados y puestos en circulación entre los lugareños para recrear y sostener esquemas de acción y pensamiento homogéneos; pero efectivamente diferentes a otras prácticas y representaciones producidas en el exterior de sus fronteras simbólicas, pero no por ello menos reales.

Las fuentes de la memoria popular de estas localidades son uno de los caminos para comprender esa resistencia, a veces heroica pero también a veces imperceptible, de formas y modos de vida acechados o encandilados por los planes urbanísticos y cantos modernizadores que no cesan de insistir en la regulación,



el control, la homogeneización, la individualización y, por lo mismo, en la exclusión social. La Ciudad de México ha sido escenario de una multitud de planes y experimentos urbanísticos, las cicatrices y las huellas están por doquier; en los pueblos y barrios antiguos la memoria del acecho modernizante tiene acervos existentes que sólo hay que animarlos para que salgan a la luz.

Sostener que conocer la experiencia de las localidades tradicionales integradas a la metrópolis se puede hacer mediante la utilización amplia y sistemática de las fuentes orales no significa dejar de lado a las demás fuentes o cuerpos de evidencia útiles a la cuestión. Lo que se propone es utilizar de modo triangulado todas las fuentes, existentes o producidas, a modo de lograr un procedimiento de complementariedad y de calibramiento, unas respecto a las otras. La “versión” que se logre construir con base en las fuentes orales de las memorias locales tendrá que confrontarse y, en muchos casos, compararse o verificarse con la información procedente de fuentes y acervos de carácter documental y/o de segunda mano. Sin embargo, las fuentes orales son específicas e insustituibles para poder reconstruir las “versiones y visiones propias” de los diferentes vecinos de esas localidades tradicionales; sobre todo por que no es usual que existan acervos o conjuntos de evidencias generadas por los propios habitantes (cf. Levi, Passerini y Scaraffia, 1981: 30-35; Shopes, 1993: 243-253 y Folguera, 1985: 49-56). Generalmente su paso por la historia oficial es marginal, accidental o circunstancial; casi siempre son actores sociales que tienen presencias no visibles, no quedan en el registro de los acontecimientos, de los hechos o eventos que marcan la vida de las comunidades locales. Evidenciar esta secundarización e invisibilidad de los actores sociales populares en las historias oficiales es uno de los propósitos al proponerse construir nuevas fuentes con base en la memoria popular desde el tiempo presente; reconocer el protagonismo específico de estos sectores sociales en el destino de la ciudad global: es también uno de los posibles aportes al utilizar las evidencias orales provenientes del ámbito de las localidades aludidas.

Y sin embargo, las fuentes orales de la memoria popular generada en los pueblos y barrios tradicionales integrados desigualmente a la Ciudad de México no son materia prima que exprese un universo sin tensiones y problemas. Manifiestan de entrada que se trata de un espacio complejo y dinámico, donde coexisten procesos

de apertura y cierre hacia el exterior de su frontera urbana y simbólica. Son localidades complejas y con una estructuración social desigual, tanto en los recursos disponibles como en las oportunidades que tienen los individuos y sus grupos familiares; de igual forma las plataformas productivas como las del capital heredado son diferentes; hay ricos y pobres, la gran mayoría de los últimos. No son ciertamente paraísos terrenales (cf. Slim y Thompson, 1993).

Aunque se reconozcan prácticas y sistemas de creencias y representaciones sociales compartidas, la desigualdad también está presente en los pueblos y los barrios tradicionales. Esta complejidad se verifica no sólo en el nivel del pueblo y del barrio como contenedora de las relaciones sociales locales, sino que también está expresada en los ámbitos de la familia inmediata y la parentela, los vecinos cercanos, la vida que transcurre y opera relaciones en la calle y en todos los rincones y espacios públicos que competen y se ejercen como propios por parte de los habitantes de la localidad, incluyendo los linderos y fronteras físicas y simbólicas que aportan elementos de la identidad local. Las fuentes orales reflejarán este entorno social construido a lo largo del tiempo, pero sus referentes serán concretos, como los signos, las marcas, las mojoneras del territorio; las personas concretas, con nombre, santo y seña; los eventos ubicados en el tiempo preciso, en contextos delimitados, en los ciclos vinculados a la vida diaria y la festiva con gran frecuencia. La memoria local tendrá de asidero casi siempre a los espacios y a sus transformaciones al paso del tiempo (Halbwachs, 1925, 1980 y 1990: 11-40).

Las fuentes orales se aproximan a los núcleos relevantes que han conformado las rutinas y las prácticas sociales de estas localidades, la memoria de los vecinos que se organiza desde el tiempo presente tiene sus propias modalidades y modos de resignificar y reconstituir el pasado. Pero a pesar de esta capacidad de resignificar la experiencia pasada, el anclaje con lo cotidiano no desaparece, más bien al contrario, es su sostén y el camino más viable para poder expresar un cuadro narrativo coherente y en muchos sentidos y contenidos de la experiencia relatada será consonante y compartido con la comunidad de pertenencia.

De nuevo, aunque los habitantes del vecindario tradicional son más iguales hacia el exterior de sus fronteras, en el interior perduran las distinciones y las desigualdades. No obstante, la autorregulación y la redistribución de las escasas riquezas entre los habitantes de estos lugares son aún prácticas reproducidas

y valoradas, principalmente mediante los procesos del gasto ritual y festivo. La eficacia redistributiva y compensadora estaría por constatar desde luego, pero existen como recursos adscritos al sistema de valores, creencias y costumbres de estas localidades. De alguna manera perduran y se reproducen modelos y prácticas de convivencia locales que tienen consenso y se reivindican cíclicamente en los eventos comunitarios y públicos. Estos núcleos de identidad compartida en las localidades son los pretextos y motivos más evidentes en la memoria popular y son los canales y conductos como se puede acceder a la experiencia más amplia y diversa que mantiene vivos y actuantes a los vecinos de los pueblos y barrios tradicionales.

Temas y motivos de la memoria local

Al abordar a través de los métodos de la historia oral la experiencia de un pueblo o vecindario específico que haya transitado este proceso de conurbación y subordinación multidimensional a la Ciudad de México, más pronto que tarde, surgen los núcleos temáticos y matrices de vivencias significativos y compartidos en el vecindario. No obstante, los temas y contenidos no surgen exclusivamente como resultado de responder a los cuestionamientos de las preguntas y guías de investigación ensayadas por los sujetos investigadores. Los contenidos de las memorias locales se van estructurando y tomando cuerpo a partir del proceso mismo de evocación reflexiva propiciada por el proceso indagador que, por lo común, ha venido desde “fuera” de la localidad. La memoria popular vertida por sus narradores va conformando nuevas estructuras de contenidos, nuevas matrices contenedoras de los eventos, prácticas y concepciones relevantes y aptas para ser transmitidas al “exterior”.

La memoria organizada y relatada por narradores populares puede tomar muchas formas y estilos para lograrlo.⁵ Hay narradores especializados y reconocidos localmente; hay momentos y lugares donde se expone y se actúa la comunicación de las memorias de los pueblos y barrios; hay auditorios selectos y convocados; hay expectativas sociales por los procesos de rememoración y hay demandas colectivas sobre los posibles efectos y consecuencias al haber expuesto lo propio-colectivo al “exterior” ajeno-diferente.

La memoria popular del barrio es por lo tanto una versión compartida y común entre sus habitantes, al contrario, las memorias personales que la sustentan

⁵ Cf. el clásico de Jan Vansina (1967), o bien, los trabajos de Dennis Tedlock, 1991a: 107-123; 1991b: pp. 285-301 y 1991c: 302-311.

pueden, sin mayor problema, ser diferentes y aun contradictorias. No obstante caminan y nutren los elementos que constituyen la memoria colectiva de la localidad; no desaparecen, se integran y se funden, decantando las particulares vivencias y sentidos de la experiencia que opacan o diluyen la fuerza y síntesis de lo estructurado como lo colectivo, como experiencia y como memoria transmisible. Los narradores particulares se inscriben en el ámbito colectivo y desde allí nutren su memoria y construyen su discurso, y desde allí rememoran los núcleos de experiencia que sustentan sus identidades y sus pertenencias sociales.

Los narradores serán entonces los conductos privilegiados para el conocimiento de los contenidos socioculturales propios de una localidad, así como también canales de modulación o calibración de los procesos sociales más amplios que afectaron o todavía impactan a un pueblo, un barrio, un vecindario. Serán filtros culturales, que a través de la producción de discursos narrativos referentes a procesos colectivos y de formación de identidades locales, siempre pasados por la vivencia personal y desde la interpretación individual, nos darán cuenta de versiones colectivas sintetizadas y compartidas por la gente común. Seleccionar a determinados narradores es apuntar hacia ciertas áreas y núcleos de temas y problemas específicos. Seleccionarlos es decidir la construcción de memorias elaboradas con base en criterios de carácter estratégico y en una preferencia jerárquica, todo con el fin de construir un cuerpo de “datos” o evidencias-testimonios de contenido central y relevante al objeto-problema de conocimiento.

Los narradores son, por lo tanto, conductos hacia los temas y motivos de las memorias diversas en un pueblo o barrio tradicional (cf. Ramos, 1986 y Portelli 1989: 5-32). ¿Qué temas o motivos surgen? La historia particular y el tiempo presente los determina y selecciona. No obstante, aparecen regularmente temas relativos al ámbito de la vida familiar; las relaciones entre vecinos; los mitos de fundación e historias antiguas de poblamiento y edificación del lugar; los “territorios” perdidos a causa de la gran ciudad; la organización social para la vida productiva, los oficios, el trabajo diario, las labores y las penurias del esfuerzo corporal; los cambios en el paisaje natural y la memoria del entorno construido; el uso de las calles y espacios públicos locales; personajes notables y excéntricos habitantes; ciclos de vida, calendarios festivos y rituales colectivos, religiosos y civiles; formas de resistencia y de lucha colectiva como vecindario frente a la gran ciudad y su parafernalia de aparatos e instituciones; los grupos de edad y sus prácticas abiertas y encubiertas; las organizaciones espontáneas que resuelven problemas

concretos y las organizaciones antiguas que reproducen estilos y modos de interacción, dentro y fuera del marco del vecindario; el ocio y la creatividad popular en el contexto de la crisis instalada, etcétera.

Es una matriz de temas y contenidos muy amplia que dependiendo de los sujetos narradores se reducirá o ampliará en cobertura. Al abordar la particularidad de una localidad habrá que interrogar acerca de una serie de inquietudes que nos permitirán comprender mejor el proceso de uso y apropiación del entorno urbano de un pueblo o barrio específico por parte de sus pobladores. ¿Cómo se recuerda en el pueblo/barrio? ¿qué se reconoce como lo memorable? ¿quiénes recuerdan y relatan lo memorable? ¿qué papel tienen en la estructuración de relaciones sociales de la localidad? ¿cuándo ocurren las narraciones? ¿cómo se hace? ¿qué auditorio se conforma naturalmente? ¿cómo se forman o producen los narradores locales? ¿cómo es socialmente reconocido este “saber” específico en la localidad? ¿hasta qué punto las historias populares narradas retroalimentan la imagen y representación compartida de la identidad local?

El cuadro de las memorias locales es tan diverso como los narradores convocados a recrearlas. No todos los narradores ni todos los relatos de vida que se examinen pueden efectivamente dar cuenta cabalmente de los contenidos centrales y estratégicos que dan forma al contorno de la identidad local. Ésta es una cuestión que debe “saturarse” en el proceso del conocimiento y en el proceso de reflexión sobre los contenidos de las memorias sistematizadas (cf. Bertaux, 1988: 55-80). El mejor conocimiento de la localidad pasa por la detección de las formas como se elabora y reproduce la memoria personal y colectiva a través del tiempo. La historia de la localidad entonces es la historia diversa y compleja de sus protagonistas, actores de sus historias, el, motivo de sus experiencias memorables. La memoria popular de las localidades tiene diversas líneas de recomposición, que aparecen y se anudan en respuesta a las dinámicas y procesos sociales que desde la actualidad hacen acto de presencia.

Memorias del barrio desde el tiempo presente

La historia popular del vecindario se nutre de vivencias compartidas, el campo de sus recuerdos es colectivo y su transmisión, de generación a generación, se realiza aún hoy día, por la palabra, con narraciones y relatos personales, cuentos, leyendas, anécdotas, corridos, etcétera. La historia en la memoria popular se reconstruye con base en propósitos de identidad colectiva y de salvaguardar

del olvido o la ignominia sus vivencias y tradiciones más importantes y significativas (Travelen, 1989: 50-58; Jalla, 1985: 19-34 y Shopes, 1993: 243-253).

Recurrir a las voces y a los testimonios orales de los habitantes de viejos pueblos y barrios tradicionales de la ciudad es una manera de conocer y comprender aspectos de la vida de los sectores populares. Acudiendo a ellos se recoge la versión de los hechos y de las circunstancias que rodearon no sólo sus grandes acontecimientos sino también los sentimientos y creencias que se sostenían en tales circunstancias.

La memoria popular recoge y sedimenta lo que le ha parecido más relevante conservar y transmitir. Los testimonios no sólo narran hechos que sucedieron, también nos aportan maneras de ver y pensar las cosas, inquietudes, anhelos, en fin, una gama de valores y pensamientos que acompañaron sus experiencias pasadas. Recurrir a la memoria es hurgar uno de los más ricos archivos de la historia popular, precisamente porque es uno de los medios para conservar la cultura y transmitirla. La memoria del pueblo también selecciona, escoge, discrimina y trasmite lo que le interesa que circule en propios y extraños (Cuesta, 1996: 55-89 y Feijoo, s/f).

En este trabajo pretendemos acercarnos a la experiencia plasmada en la reconstrucción histórica que realizan los propios actores sociales. Se ha privilegiado el testimonio oral pero también se utilizaron otras fuentes documentales para complementar y expandir en ocasiones la fuerza del testimonio. El testimonio es utilizado con la intención de mostrar la versión (o representación) de la historia y de los hechos que tenían los narradores (o informantes nuestros), aunque debe quedar claro que lo que también hicimos fue seleccionar y realizar un "montaje" narrativo (Aceves, 1988a: introducción y cap. IV).

Con la exposición que sigue acerca de la Candelaria, Coyoacán, Distrito Federal, se intenta cubrir ciertos temas pertinentes de la memoria local, donde los narradores "hablan" desde el mismo territorio que los ha visto nacer. En algunos momentos la nostalgia de los narradores "empaña" o "colorea" la percepción de las cosas y sus cambios; no obstante, esa cercanía a las cosas y al entorno urbano, hace que sus recuerdos y evocaciones tengan una calidad testimonial que

difícilmente otra fuente nos podía proporcionar. En estos relatos las leyendas llegan a confundirse con vivencias reales, los mitos con lecciones aprendidas en la escuela, los recuerdos familiares son compartidos en diferentes barrios del pueblo, etcétera. Sin embargo, la reconstrucción del pasado en esta comunidad se encuentra inmersa en una perspectiva del presente conflictivo, donde el barrio, el territorio, la cultura toda está en constante afrenta y se buscan asideros y remedios, aunque sea en el pasado y con historias no del todo veraces o que en ocasiones son "inventadas". Pero aquí no interesa tanto, otra vez, la construcción verídica y precisa de los hechos, sino la manera como la memoria popular integra sus versiones de las cosas y de lo que considera más relevante de su historia y cultura para preservar y transmitir.

Esta experiencia de investigación apuntaba intencionalmente a producir nuevas fuentes, trabajando con sectores sociales que por lo general no las producen, y con temas y problemas que por lo común son dejados a un lado por la historiografía convencional de la ciudad. Recurrir a las "fuentes vivas de la memoria" no es una tarea muy sencilla, ya que el propio proceso de construcción de las fuentes implica procesos y factores subjetivos que involucran directamente al investigador y que por lo común no se hacen explícitas. Por ahora, en lo que sigue del texto, les invitamos a leer las versiones que recolectamos y a conocer nuestra reconstrucción de los textos.

Memorias del vecindario e historias orales de La Candelaria, Coyoacán

Este material corresponde a una investigación más amplia sobre la historia urbana contemporánea de la delegación de Coyoacán en el Distrito Federal entre cuyos objetivos se planteaba indagar en la historia local y, con base en testimonios orales y otras fuentes documentales, comprender los procesos de cambio propiciados por la conurbación a la Ciudad de México a partir de los años treinta del presente siglo (Aceves, 1988a: caps. II, III y 1991: 269-298). Además de tratar de entender el fenómeno en el ámbito delegacional, me interesó enfocar la cuestión en un estudio de caso: el del antiguo pueblo de La Candelaria, Coyoacán.⁶

⁶ La Candelaria es uno de los pueblos antiguos y de tradición popular de la actual delegación de Coyoacán, en el Distrito Federal. Ubicado al sureste de la "villa" de Coyoacán, se asienta sobre los linderos de las erupciones volcánicas del Xitle, por lo que su topografía es irregular y con terrenos de poca pendiente. El pueblo tiene una extensión aproximada de 45 hectáreas de superficie, y el núcleo central cuenta con una población de alrededor de 12 mil habitantes. Colinda al norte con la calle de Montserrat y el pueblo de Los Reyes; al sur con la calle Árbol del Fuego en la colonia Rancho El Rosario; al este con la avenida Pacífico y División del Norte (colonia Ciudad Jardín); y, finalmente, al oeste con las colonias asentadas en el pedregal: la Ampliación Candelaria, la Ruiz Cortines, la Díaz Ordaz y Huayamilpas.

La historia popular de La Candelaria, está construida a partir de tradiciones, leyendas, deseos, y no exclusivamente de hechos históricos. El vasto territorio agreste y cubierto de piedra volcánica de “los pedregales” de Coyoacán es un ejemplo de los temas de la memoria presente en algunos de nuestros narradores convocados, los cuales han sido por varios años “mayordomos” de las principales festividades religiosas del pueblo.

La narración de la historia remota del pueblo da comienzo con referencias a lo que se supone “era” este lugar y cómo este espacio o “fuente de vida”, dejó de ser propiedad de la comunidad. Algunos fragmentos de los relatos surgen al necesitarse elementos de identidades constitutivas, como las que relatan el origen e importancia del lugar de procedencia de los habitantes locales. Uno de los narradores. *Don Manuel*, experimentado florista en el adorno de portadas y otros objetos rituales de las fiestas del pueblo, nos relató algunos “hechos” de la remota historia del lugar (entrevista al señor Manuel Velasquillo). Antiguo despachador en una gasolinera cercana, pero con oficio y gusto de florista, participó en 1959 en un desfile de carros alegóricos, como parte de la tradicional “Feria de las flores de San Ángel”; para tal efecto, participó en la construcción y fue el responsable del adorno para un carro de fantasía con un motivo histórico, y relativo a la representación de la fundación de México-Tenochtitlán. Nos lo narra así:

El carro fue una pirámide azteca, al centro en lo que es la plataforma, atrás a la altura del piso de la pirámide un mariachi de niñas, un mariachi femenino; y en la parte del capicete del camión, añadiéndole una plataforma, más montes y una especie de laguito, con un nopal y un águila y su serpiente simulando la historia que dice que ahí en Coyoacán debía de ser el centro de la República Mexicana, ¿no? Nada más que por la madriguera de coyotes que había, espantaron al águila y no la dejaron parar ahí. Entonces, me otorgaron a mi este diploma... ahí les presente un nopal, un águila, una serpiente y un coyote simulando que quería atrapar el águila... Cuentan que el lugar de Coyoacán, por eso es Coyoacán, era madriguera de coyotes; entonces era agua todo eso, porque todavía no estaba fundada en esos años, y que ahí paró el águila... dicen que ahí se paró el águila, cuando andaba ya buscando el sitio para que se fundara el centro de la República; entonces se dieron cuenta que ahí se iba a parar, y pensaron que allí iba a ser el centro, ya los que traían esa idea o esa persecución con el águila, ¿no? Pero ahí automáticamente paró y ésta fue espantada por los coyotes. Por eso hice esa imaginación, porque fue por imaginación mía, yo no lo viví... nada más me lo contarón...

Esta versión del origen de la ciudad de México-Tenochtitlán ubica y localiza a Coyoacán en un periodo y territorio específico; pero el hecho de que a causa de los coyotes el águila espantada haya volado a otras tierras y no se haya quedado a fundar la capital azteca en Coyoacán es más bien una leyenda con buenos deseos. Relato de tintes míticos, que circula en la comunidad como aquella posibilidad de un destino que no se concretó, pero que estuvo cerca, que pudo llegar a ser.

En cuanto al origen del pueblo de La Candelaria, no existe un cuerpo de tradiciones orales importantes al respecto, sólo algunas fuentes de tipo secundario que registran o suponen su origen hacia 1577, cuando a unas 40 familias le son otorgadas por la Corona Española las tierras de labor y de pedregal que tradicionalmente han ocupado y demandado en posesión (Aceves, 1988a: 140). El desarrollo de la población dentro del Marquesado del Valle quedó sujeto a la cabecera jurisdiccional de Coyoacán, y ya avanzada la Colonia, sus relaciones con el monasterio de Montserrat, determinaron en buena parte el uso y explotación de sus recursos naturales. Posiblemente existiera este asentamiento ribereño antes de la conquista española, como un barrio sujeto al señorío de Coyoacán.

Desde sus comienzos, La Candelaria ha sido de dimensiones pequeñas, familiares, pequeño vecindario, ya que sólo adelantado el siglo XX comenzó a incrementar significativamente su población. A partir de los años treinta, y con mayor fuerza desde los años cincuenta, el pueblo y sus habitantes experimentaron procesos de cambio social, económico y cultural como pocas veces con anterioridad pudieran haber sufrido. El proceso de incorporación a la dinámica del crecimiento urbano de la Ciudad de México y la integración a nuevos mercados de trabajo y productos industriales produjo en La Candelaria modificaciones en el uso y explotación de su territorio, en las formas tradicionales de trabajo, en los modos de organización social y, en fin, en los diferentes aspectos de la vida y cultura de sus pobladores.

Las generaciones que nacieron después de los años treinta experimentaron estos veloces cambios en los diversos ámbitos de su existencia. Los ahora ancianos vivieron modos de vida tradicionalmente rurales, vinculados a la explotación de los recursos naturales a través de la agricultura y la ganadería, la recolección y la caza. Transcurridos más de 50 años desde el comienzo de este proceso la situación ha cambiado drásticamente.

La percepción de los cambios ocurridos se siente y se expresa en la comparación que realizan de las cosas del pasado con las de los tiempos presentes. La descripción del pasado se encadena entonces con lo que ya no está, y que, por su no presencia, aflora con

mayor fuerza en la memoria. El pasado funciona entonces como un elemento de identidad que los marca, lo que fue antes es lo que los hace pertenecer a un espacio social y físico particular, diferente a los demás. El presente resulta ser, para algunos individuos, la constatación de su debilidad ante el destino y de frente a la dinámica de la sociedad global. Reflexionar y traer a la memoria la imagen de cómo era el pueblo y su gente en los tiemposidos se convierte en un medio de transportación inmediata hacia el origen de algunos de los elementos de la identidad actual. Puede convertirse en el motivo inicial para la revaloración y reconocimiento del cambio en los diversos ámbitos de la vida en el vecindario.

Pareciera que para los vecinos de La Candelaria su pueblo y los pedregales, que les pertenecieron durante siglos, son los cimientos y unidades principales de su identidad y patrimonio cultural. Allí nacieron y en los pedregales sustentaron parte de su diario alimento y provisiones domésticas, dicen que eso era su “herencia natural”. La memoria recupera los elementos de una historia propia que ahora en el tiempo presente y en el contexto de una lucha local por la reapropiación del pedregal que les corresponde, alimenta sus acciones colectivas de corte reivindicativo y que son motivo de agrupamiento y faccionalismo político.

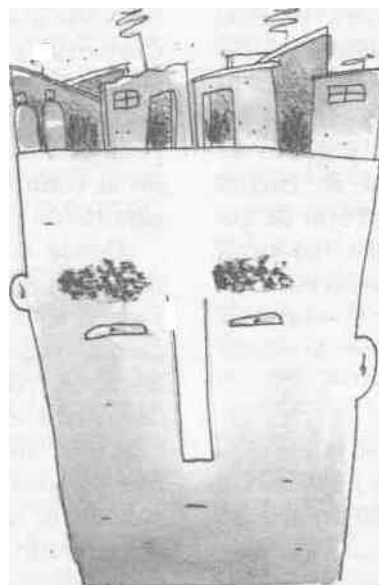
Algunas narraciones procedentes de *Don Miguel*, un afable anciano de la comunidad transmiten algo de lo anterior. Con cierta poesía natural, muy propia de su actividad y vínculo con la tierra, ya que es cultivador de flores y legumbres, nos dice lo que era y significaba para los habitantes de La Candelaria tener acceso a los pedregales y poder vivir pobremente, en una dura pero menos agitada existencia (entrevistas a Don Miguel Luna Trejo).

Pues sí, ya le decía yo, nos han quitado nuestra fuente de vida... porque mire usted, nosotros bajábamos (del pedregal) el zacate de amalil, que así lo nombrábamos, como vamos a suponer, unas espiguitas así era el zacate, pero era tupido de hojas, ¿no?... y con eso techaban las casas; y mire usted, ese techo duraba por lo menos cuarenta años, y si uno remendaba la casa y todo, porque luego se iba deslavando, se iba pudriendo el zacate, entonces escurría. Pero las personas curiosas y que sabían remendar las casas, les metían su remiendo y se evitaban esas goteras... bueno, ése era el zacate... había gentes que iban a diario a

cortar nopales, y esos nopales, pues a limpiarlos y a venderlos en el mercado, de allí se mantenían esas familias. Había quienes iban a traer tierra de pirú, tierra de cañada, de esa para las macetas, en costalitos de harina... se iba a traer el pirú para los pajaritos, la semilla del pirú; entonces todo eso era negocio para nosotros los pobres...

...Había familias que estaban cerquitas del pedregal, que tenían sus cuartos, su ganadito de chivas, había ganadito de veinte, treinta chivas, hasta sus quesitos hacían pa' llevarlos al mercado, bueno, pues todo eso nos beneficiaba.

...Pues también había personas que tenían sus vaquitas, las que estaban a la orilla del pedregal, y en este tiempo, con especialidad en este tiempo de aguas, las echaban para allá arriba y bajaban los animalitos bien llenitos... había personas que tenían hasta cincuenta, pero pos entonces estaba grande el pedregal...



...Era fuente de vida de todo el pueblo... ¡Ah! también había personas que cortaban tunas, hasta llenaban su huacal de tunas, gente pobrecita, bueno, todos pobres, ¿verdad? nomás que unos más... pero había señores que llevaban hasta sus escaleras y a cortar las tunas, y luego con las yerbas, así a sacudirlas, la espina y todo y a llenar su huacal de tunas y a venderlas al mercado, aquí en Coyoacán se vendía, y el día viernes con sus nopalitos compuestos, allí en Coyoacán... había personas, ahora estoy consciente, estoy concienti-zándome, que había familias que prácticamente vivían exclusivamente del pedregal, de eso me acuerdo muy bien,

había personas que iban a traer su nopal, pero diario, diario y lo limpiaban bien, y al otro día a Coyoacán, o era al mero centro, el mercado de San Juan...

El territorio de los pedregales, gran extensión de posesión comunal, fue compartido por distintos pueblos de sus alrededores, y proporcionaba muchos productos y recursos a sus pobladores, hasta la fecha en qué se le ocupó y destinó a convertirse en zona habitacional. La Candelaria y otros pueblos vecinos, perdieron el acceso a estos territorios a partir de las invasiones masivas de colonos y comuneros a los lugares que actualmente ocupan las colonias Ajusco, Ruiz Cortines, Díaz Ordaz, Huayamilpas y Santo Domingo.

La Candelaria había tenido fama de ser un pueblo de floricultores y trabajadores agrícolas hasta que el

impacto urbano cortó sus zanjas, secó sus pozos y manantiales, cercenó la traza urbana del poblado, y presionó por cambios en las formas de trabajo, uso del suelo, vida social y prácticas culturales, entre las que sobresalían las festividades de carácter religioso. Este proceso de cambio se aceleró especialmente a partir de los años cincuenta, recrudeciéndose en la década de los setenta.⁷

La Candelaria experimentó este proceso de cambio urbano, pues en buena parte la antigua distribución y organización del espacio del poblado se modificó, algunas construcciones antiguas se demolieron para construir otras nuevas, se abrieron calles y la población nativa fue sustituida en muchos casos por habitantes de otras zonas del Distrito Federal o de otros estados de la república. La venta de predios a capitalistas del mercado inmobiliario fue también una de las amenazas principales para modificar el paisaje y la traza del poblado. Sin embargo, La Candelaria no se desestructuró tanto como otros pueblos vecinos, como San Pablo o Los Reyes, ya que mantuvo espacios y formas de trabajo y organización sociales propias; aunque no del todo afianzadas en la cultura de toda la comunidad.

Los habitantes de La Candelaria no conocen ni poseen muchos elementos para la reconstrucción de la historia pasada de su pueblo, gran parte de lo que se reconoce como la historia del lugar está construida con base en la trasmisión oral, de padres a hijos, conjugada con lo que han escuchado a otras personas ancianas del lugar, y reconstruido con la propia información de los procesos históricos globales aprendidos en la escuela y en buena parte, con elementos de su imaginación (Hobsbawm y Ranger, 1983 y Hobsbawm, 1988: 3-15 y Portelli, 1988).

Sin embargo, nuestros “narradores/cronistas locales” reconstruyen a su manera una “versión” del pasado y del desarrollo de su pueblo. Así, *Don Dionisio*, diestro herrero, antiguo sacristán y mayordomo de tradición (entrevistas al señor Dionisio Retiz Quintero) con su amena conversación explica, recuerda, duda, confirma, se deleita y se enoja con lo que ha acontecido en el pueblo en el transcurso de su vida.

El pueblo de La Candelaria en aquel tiempo, aparte de ser muy chico, ¿no? porque yo todavía lo conocí cuando era así, en su extensión sigue siendo el mismo, por 1945 yo cursaba la escuela... el segundo año de primaria, en aquel tiempo pues las calles, les decíamos nosotros las calles organizadas, estaban muy organizadas, o sea que tenían

muchos cactus, mucho órgano... já, já... en el predio de aquel lado sí había órganos, en la calle de la Higuera sí había órganos, de este lado y del otro lado, así iba la calle con puro órgano, pues todo el pueblo, las calles organizaditas... La vida del pueblo era ésa, prácticamente la vida campesina, era el caso de los pueblos perdidos, así, escondidos. La única vía de comunicación era la calzada de Tlalpan, aquí para los habitantes de estas partes. Para ir al centro, me platicaba mi papá, primero tenían que caminar de aquí hasta Tasqueña o a la calzada de Tlalpan para abordar el tren que venía de Xochimilco al centro, o el que venía de Tlalpan al centro; eran dos trenes grandes, amarillos... el de primera y el de segunda. El de primera, pues pura gente bien arreglada y el de segunda para la gente que no podía pagar pasajes más caros y además porque era de carga, allí llevaban sus mercancías. Ya después no... estaba la línea México-Tlalpan, la General Anaya, la México Contreras, la México-Xochimilco; venían y entraban por toda la calzada de La Candelaria y daban la vuelta en El Puente y se iban pa' Los Reyes... los de La Candelaria pues ya no iban a la Tasqueña, iban al Puente y tomaban el camión, ya con sus canastas y todo, iban al mercado... mi mamá tenía su puesto en el mercado de San Juan de Letrán, y otros tenían puestos fijos en el mercado Juárez, otros en el Hidalgo, y así en diferentes puestos iban a vender... ya nomás llegaban a atender y órale... el camión que los recogía entonces cobraba cinco centavos del pasaje.

Las casas eran de adobe, todas. No había de tabique, nada, todas eran de adobe. Muchas techadas con tejamanil... como una especie de tabla, que se va entreverando... se ponía pura tabla y después se recibía el tejamanil, con eso se techaba y así fueran las tormentas más grandes que cayeran, que llovía bastante, y no se escurría nada, para nada se filtraba el agua. Otras casas no, techadas de amalil, que era un pasto muy grueso, en caballetes; igual entretejían el amalil y se veía el techo de pasto... la mayoría de las casa eran así, unas con una sola caída de agua, otras con dos, con caballete y doble caída de agua... El adobe lo hacían aquí, los adoberos los hacían en su propia casa... conseguían tierra de barro, traían un carro y separaban un espacio para la labor... lo hacían en gavetas, en moldes... se quedaban unos ocho días ahí, hasta que se secaran, y una vez que ya estaban secos ahora sí a construir la casa...

Los predios tienen su nombre, eso sí, por ejemplo, hay un predio que se llama Catelapam, otro predio que se llama Tepantiahuatl, otro que se llama Tecoxco y otro que se llama Tlaximaloya, otro Teyeca, La Garita... el de aquí

⁷ Para una apreciación del proceso de crecimiento urbano de la Ciudad de México y sus efectos en la zona de Coyoacán, cf. Aceves, 1988a, cap. III. Algunos materiales sobre La Candelaria son: Mora y Quintal, 1987a, 1987b y 1988; Lagarriga, 1987; Lagarriga, Velasco y Zamora, 1987; y Aceves, 1987: 113-139.

se llama Tapalquiahuatl. La Garita era muy famosa, cualquiera la conocía... (la Candelaria) era un solo pueblo, no tenía barrios... como en Ixtapalapa o en Xochimilco... aquí era generalizado, el "pueblo"... siempre era el pueblo en general. Por ejemplo, que allá en Santa Cruz, o acá en la Cruz; o en San Lorenzo. (Entonces) la gente se conocía, había más comunidad, todo el pueblo era más chico (las casas) pocas, separadas unas de otras, no estaba muy poblado...

Todos los predios tenían pozos, todos tenían; y de allí era el mantenimiento para todo, para bañarse, para la comida, para beber, todo. Es que era una agua descontaminada completamente, no tenía ninguna contaminación, nada, no tenía ningún microbio. Había pozos que tenían carpas, tenían pescado... nosotros en el pozo que teníamos se daban acociles, unos animalitos así, comestibles, muy sabrosos, nos poníamos a sacarlos y a ponerlos a tostar en el comal, vivos se ponían rojos y luego su sal y limón, ¡hijos! sabían... a mi me gustaban mucho (después) no, pues se secó el pozo y ya empezaron a secarse por el año de 1955 en adelante, empezó a disminuir el agua, empezaron a disminuir las flores, la fruta... unos dicen que por las bombas... porque acaparó toda el agua, ...otros le achacan a que se hizo la Fábrica de Papel de Peña Pobre en Tlalpan... Todavía en el 65 usábamos esa agua, pero ya no para tomar... servía para lavar los trastes, para lavar la ropa... nosotros teníamos cuatro pozos y con uno de esos se regaban las plantas... (pero) de ahí para acá se fue poniendo muy verdosa, ése acabó por secarse... aquél le baja mucho el agua pero no se seca pero ya el agua no sirve, para regar las plantas si...

Desde su propia perspectiva y bagaje de recuerdos, *Don Miguel* nos explica la existencia de la antigua capilla de San Lorenzo y la manera como desapareció del pueblo; así como la situación de algunos lugares colindantes con el pueblo.

Mire usted, aquí donde están los lavaderos era una capilla, allí estaba el Señor San Lorenzo y allí estaba el señor de la Preciosa Sangre, el crucifijo que tenemos acá en La Candelaria, nomás que, todavía me acuerdo de la capilla, pero yo cuando ya la alcancé a ver ya estaba deteriorada, ya la puerta de la capilla tenía como un boquete así de grande... entonces a un señor le tocó la suerte de ser juez de aquí de La Candelaria, entonces nuestra calle, se puede decir lo que era de aquí hasta la Tasqueña pues era pura tierra suelta, cuando llovía puro lodo, y entonces este señor como se hizo juez, que para rellenar, que para componer esa calzada, acabó de tumbar la capilla, por eso hubo división, tumbó la capilla para llevarse todo el material para la calle; yo era chamaco,

muchas gentes no quedaron conformes... que hubieran dicho, no tires la capilla, ¿verdad? pero se tiró la capilla.

...Las mejores tierras era todo eso de Colorines, Árbol del Fuego, toda esa calle, toda esa colonia era el rancho del Rosario, allí estuvo mucho tiempo la XEB, la torre de la XEB, ahora es una colonia. Era un rancho, todavía después había muchas vacas, después la dueña vendió a la XEB un buen tramo y luego, creo que los hijos... fraccionaron, ahora será la colonia del Rosario, no sé que, pero todo eso era el rancho. Todo eso eran tierras de labor, pa'cá de ese lado eran tierras de labor; también había jardines... se daba la calabaza, se daba mucho el margaritón, se sembraban nubes, yo aquí el día de las madres tenía hasta dos o tres trabajadores para arrancar la nube, pero entonces había mucha agua también... para la cocina, para la comida, para lavar, para beber... aquí de este lado también había un ojo de agua que servía para muchos vecinos, aquí todavía tengo el pozo, hace tres días mi hijo agarró la manguera grande y le echó bastante agua pero en el pocito, con bomba, con motobomba sale...

Don Manuel describe al pueblo y sus calles cuando llegó a vivir a él procedente del vecino Los Reyes.

Nomás la calle principal estaba empedrada, la Emiliano Zapata, las demás eran puras calles, así, con puras piedras, puras brechas; entonces no había ni bardas, ni nada, eran puras cercas de órganos, de los dos lados, de uno y de otro lado de la calle. Y nopales, había nopaleras a lo alto de este árbol, pero se han ido perdiendo. Y zapotes blancos, aquí había mucho; la nopalera daba tunas de esas chiquitas coloraditas... pero cantidad que había, como árboles, grandes... para cortarlas se trepaban en una escalera con un palo y un cuchillo, órale... ahora ya no se ve ni una nopalera de ésas, lo mismo con el zapote... todo eso se ha ido acabando.

Las casas eran de adobe en su mayoría y techadas con zacate de amalil y tejamanil... y duraban mucho, lo mismo el zacate, era eterno, nomás empezaba a hacerse liso liso y encima donde le caía el agua se iba pudriendo y eso hacía que el agua ya no penetrara, como que le daba mucha caída, ni siquiera una granizada se detenía allí, nada...

Sobre las actividades de la gente del pueblo, que ya sabemos giraban en torno a la agricultura y la floricultura, sobre los manantiales de agua, las calles... *Don Manuel* trae al presente sus recuerdos:

En ese tiempo cada quien en su hogar, con sus animalitos, con sus vaquitas, con sus terrenitos, se dedicaban al cultivo, eso era lo que hacían antes en todos

estos pueblos. Los que hacían sus coronas hacían sus coronas aquí; los que sembraban sus terrenitos sembraban sus plantas, las cosechaban, las vendían. Aquí tenían sus vaquitas, y ordeñaban y salían a vender su lechita y con eso la pasaban. Había hacienda aquí en Coapa, era la más cercana... donde está la iglesia del Rosedal, por esa altura había un rastro, allí mataban animales, la gente iba a comprar allí su carne, allí nomás se llevaba su cubeta y tripas y todo lo vendían allí... yo nomás me di cuenta cuando el rastro quedó allí abandonado, nos metíamos a curiosear en los pesebres con todas esas argollas donde colgaban a los animales; y era eso una cosa olvidada... era una soledad. Desde luego, todo eso, lo que es el Rosedal, la Jardín, era pura siembra, puro maíz, pura alfalfa; se sembraba en todo lo que es el Metro Tasqueña, todo eso era pura alfalfa y magueyes; entonces lo cultivaban unos españoles que tenían un establo donde ahora está, creo, Sumesa, ahí era un establo de españoles y ellos cultivaban todo ese territorio...

Entonces todo Coyoacán, todo, desde Coyoacán hasta acá a estos rumbos, nomás eran pueblitos, casitas, caminitos; no había la tal División del Norte, ni tal Pacífico, Pacífico era un carril... desde la iglesia de la Conchita, desde ese rumbo era un carril que venía alambrado con un riel en medio, una vía... por ahí pasaba una maquinita, creo a Cuernavaca. Cuando yo me fui dando cuenta nada más había el alambrado, el que cercaba a la vía y ahí estaba un señor que sembraba todo eso de maíz... sembraba esa franja así desde la Conchita hasta donde sale el Eje 10, hasta ahí se acababa el alambrado, seguía la ruta pero ya sin alambre...

Entonces División del Norte era un acueducto, con una arboleda que había, de puro alcanfor, grandísimos, gruesísimos. Lo mismo la calle Real de los Reyes, pues no era como ahora pavimentada, ni nada, era más angostita y empedrada... esa avenida entra aquí por Montserrat y termina ya casi en la salida con Miguel Ángel de Quevedo... había una terminal de camiones que daba servicio por este rumbo y los otros que seguían a Tlalpan, eso era cuando yo estaba más chico... porque desde esa fecha después yo me acuerdo se modificó la línea, se modificaron las calles. En ese tiempo no había, la gente no trabajaba en cualquier empleo, toda la gente trabajaba en sus terrenos, toda la gente se mantenía de sus terrenos, la gente más humilde tenía su vaquita, o dos vaquitas, su caballito o su burro para transportarse a Coyoacán o a Portales, o ya para el Centro, entonces ya pasaban los tranvías por la calzada de Tlalpan y de San Ángel todavía bajaba un trenecito para el zócalo, entonces ya no había necesidad de irse al zócalo en caballo...

Aquí en estos pueblos, Los Reyes, La Candelaria, se sembraba mucha flor, como en Xochimilco, porque había

muchos manantiales, por donde quiera, entonces nada más corría al nivel de los terrenos. Uno la jalaba, por ejemplo, si yo quería llevar el agua para allá, pues yo la iba buscando por donde jalarla y la llevaba uno al terreno donde uno quería sembrar algo... (se cultivaba) en todos los terrenitos, aquí por ejemplo, ese terreno, por pedregoso que esté, de todas maneras se le puede cultivar, habiendo agua, no importa que esté así de pedregoso, en las tlapanejas, en donde sea, se le junta la tierra y se siembran unas calabazas, unos chilacayotes, son una maravilla, se dan... flores, lechuga, rábano, toda clase de verduras, menos zanahoria, ni cebolla, ni ajo, nada de eso, porque eso tiene su tierra, pero por ejemplo, tomate, jitomate, pepino, sí, aquí se daban unas lechugas gigantes, no se alcanzaba uno a comer una lechuga, cuando las amarrábamos eran así de gruesas (50 cm), si más o menos grandes, le quitaban lo de la orilla y ya quedaban más chiquitas, pero adentro eran de color amarillo, porque parecían de mantequilla, y se la comía uno y hasta como que le dejaba a uno grasa en los labios. Pero una calidad de verduras que se daban... de veras, yo me acuerdo, se sembraban pepinos y tomates, ¿no? unos tomatotes, así amarillos, amarillos, ya cuando se pasaban de maduros se reventaban y a comerlos, dulces... fue una cosa tan maravillosa en ese tiempo, todo era muy sano... el crezón nada más aventaba uno la semilla en las zanjas, se tapizaban las zanjas de puro crezón... verdura muy alimenticia... y se vendían, se vendían a unas personas. Yo siempre trabajé de mozo con muchas personas, yo nunca tuve terrenos de siembra... yo trabajé de mozo con otros señores, entonces yo oía muchas pláticas y oía comentarios de personas más grandes que yo y les tomaba atención y me enteraba yo de eso... entonces ya fui creciendo, fui creciendo, me inspiré más en cuestión de la florería y desde entonces fui desarrollando mis trabajos hasta, pues casi perfeccionarlos, ¿verdad?... pues yo no tuve ninguna preparación, todo mentalmente lo hacía yo...

Por cierto, yo trabajé poco con pocos patronos, porque yo no duraba mucho en los trabajos, y ya después empecé a tener necesidad de salirme a otro trabajo, y ya me salí, y desde entonces estoy en la gasolinera donde trabajo, ahí llevo 30 años trabajando...

En esos años fue cuando empezó a fallar todo, el agua, ya no hubo manera de seguir cultivando y seguir trabajando, ya costaba mucho trabajo traer el agua. Entonces ya empezaron a meter el agua potable, en las calles, las llaves en cada esquina... que van a meter el agua, y que la van a meter, se oía el rumor en el pueblo, que ya vamos a tener agua de llave, que esto y que lo otro, entonces ni en Los Reyes ni en La Candelaria teníamos ni alumbrado ni agua de llave, pura agua de pozo, y eso

era lo que se usaba, el agua de pozo. Luz eléctrica no había, en la vía pública y en las casas una que otra... ni los radios teníamos, lo que llegamos a tener eran unas vitrolas de mano, de esas que se les daba cuerda y ponía uno un disco, pero en ese tiempo ni los radios; ya después empezamos a tener un radio y ya el que tenía un radio ya era la gran cosa... (la vida) era muy, muy calmada, muy humilde.

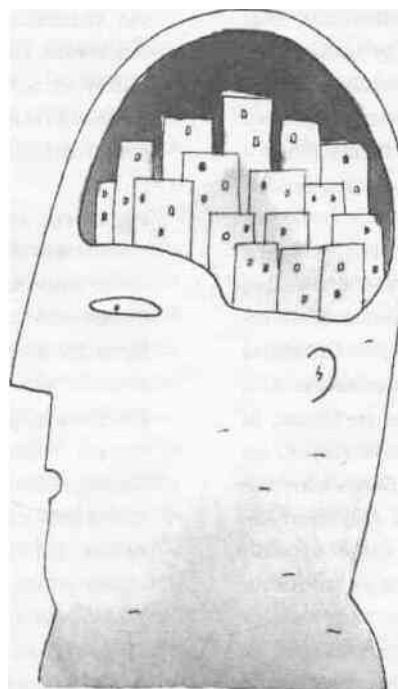
Tanto Don Miguel como Don Manuel tuvieron un pasado vinculado al trabajo en la agricultura y floricultura en particular. Don Manuel, abandonó más pronto este trabajo como jornalero agrícola; Don Miguel continuó toda su vida trabajando en los terrenos pequeños que le fueron quedando, complementando sus ingresos con labores vinculadas con animales, tal como es capar puercos. Don Manuel preservó su habilidad y compromisos con los arreglos florales de las portadas de las fiestas, al principio en Los Reyes y después en La Candelaria. Para ambos, el abandono del cultivo de las flores es una pérdida sensible para la vida de la comunidad, ya que ahora tienen que comprarse fuera, y eso, además de resultar más caro, va limitando el número y calidad de los arreglos y portadas para las festividades. También, la transformación de los pocos terrenos de cultivo que aún quedan en nuevos espacios habitacionales para las nuevas generaciones de La Candelaria, o los que se venden a fuereños que edifican condominios, es el signo evidente del cambio irreversible que acontece en el pueblo y que implica una manera diferente de estar y usar el espacio social urbano. Este desplazamiento gradual de la población es algo que conciben como lamentable y una de las causas de que el pueblo no esté del todo unido y que muchas de sus tradiciones se estén diluyendo en otras costumbres distintas que corresponden más bien a una cultura urbana de consumo de la Ciudad de México.

Don Dionisio, desde otra experiencia y trayectoria laboral, nos habla de los oficios tradicionales de La Candelaria así como de las oportunidades de trabajo cuando era adolescentes y las dificultades con que se encontraban los jóvenes para incorporarse al nuevo mercado de trabajo urbano e industrial que los empezaba a rodear. El relato que nos ofrece se abre en los temas de la cultura del trabajo local:

Pues nomás trabajaban dentro de La Candelaria, nada más. Hasta el año cincuenta, entonces ahí ya hubo quienes ya se empezaron a desenvolver, los que empezaron a salir fueron cuando empezaron a entrar de cobradores, porque antes todos los camiones de pasajeros tenían cobrador... el chofer no cobraba, era el cobrador, todavía se acostumbra por ahí, en algunos pueblos, en la provincia, el chofer nada más iba manejando y ya; entonces muchos de aquí empezaron a ser cobradores en la línea México-Tlalpan, especialmente en ésta. Por entonces tenía sus anexos... a las fuentes brotantes, a la Joya y a la Peña Pobre... entonces ya no les gustaba a la antigua, la floricultura, ya no querían trabajar la tierra y empezaron a salir. (La floricultura) era el principal trabajo entonces, ya después aspiraban a otra cosa, muchos se hicieron choferes, pues allí aprendieron a manejar trabajando como cobradores... ya después de más tiempo entonces si ya fue en fábricas... a donde especialmente empezaron a entrar fue a la Fábrica de Papel de Coyoacán, ajá...

De mis contemporáneos, yo por ejemplo empecé a agarrar la herrería, otros la mecánica, empezaron a ser mecánicos, empezaron a salir a pedir trabajos a talleres que ya había, por ahí cercanos; otros a trabajar en gasolineras... en aquel tiempo tuve que andar como trabajador asalariado, primero entré como aprendiz en la herrería... a un taller ahí en la calle de San Francisco, donde está Presidente Carranza... allí me llevó como aprendiz... ahí es donde salí por primera vez de la Candelaria a trabajar... tenía yo 16 años... me acuerdo que me daba 24 pesos a la semana, y eso ya más o menos estaba bien... los demás compañeros se dedicaron a la plomería, otros que se dedicaron a la electricidad... sus papás eran como todos los de La Candelaria,

trabajaban la pura flor y la tierra, nada más... ya por el 51, ya que salimos de la escuela, ya que estudiamos, pues sí, ya empezamos a salir para empezar a aprender oficios... mis contemporáneos salían a la ciudad, aquí no había trabajo, aquí no había trabajos de herrería, no había talleres, ninguno... todos los oficios eran fuera, si uno era electricista tenía que ir a trabajar afuera: si era plomero igual. Solamente el que era albañil pues si alguien le mandaba hacer su casa, y los que necesitaban de herrería pues mandaban a hacer el trabajo por fuera también, fuera de La Candelaria, sean las puertas, ventanas, no había talleres en el pueblo... había trabajo así como para la floricultura, pero así de oficios no...



los que trabajaban dentro de La Candelaria se mantenían de aquí mismo y llevaban su mercancía a los mercados... y que alguien de fuera viniera a buscar trabajo aquí dentro, pos no, eso sí que no.

Aparte de la flor, pues aquí nada más eso, la cosecha de verduras, y pos las coronas, ¿no? hacer las coronas para los muertos, pero no era generalizado eso, nomás en determinadas familias que se dedicaban a hacer eso, sí, floristas... ése era otro medio de subsistencia, las coronas. También la artesanía de hacer canastos, creo que era de vara de membrillo, canastos para el mandado, grandes, chicas... todavía el señor Trinidad Flores las hace... y eso era, las canastas, las coronas y los adornos florales, las portadas de las iglesias, los fiestones, pues muchos iban a adornar a las casas ricas, los casamientos... mi papá nunca se dedicó, no fue florista en el sentido de hacer ramos florales, nomás se dedicaba a vender flores, así de montón, hacía manojos, por docenas... y así se las sabía arreglar, no en adornos florales... en macetas o en floreros.

La tierra, ése era el oficio tradicional, trabajar la tierra, en aquel tiempo nadie, si eran floristas era porque trabajaban la flor, pero no porque hicieran adornos florales, lo más que hacían eran las portadas de la iglesia, que es muy antiguo. Ya después cuando se convirtieron en floristas ya es muy acá, ya cuando empezaron a poner sus florerías, ya se enseñaron a hacer adornos florales, eso ya es más nuevo.

Coheteros también había en aquel tiempo, siempre ha habido coheteros, sí, hacían sus castillos, pero no es como ahora que lo levantan pero rápido. En aquel tiempo era un palo de pino que le ponían tijeras, o sea palos cruzados y allí mismo armaban el castillo. Armaban todo primero, así en horizontal y ya que estaba armado ahora sí apararlo, híjoles costaba un resto de trabajo, y con pura reata y todos ayudaban... ¡órale! y gritaban para acá, para acá, parecía que se caía se iba para un lado y lo controlaban; nunca se les llegó a caer un castillo, sudaban la gota gorda, nomás imagínese el levantar el castillo ya armado, nomás para quemarse. Ya cuando llegaba al agujero y entraba, ahora sí, nomás a tirantear los cables y ya los amarraban y lo dejaban así. Una vez que prendían el castillo ya la mecha se encargaba de poco a poco ir prendiéndolo... ya no tenían que hacer nada, nomás vigilando, eran muy buenos... No era un oficio, pues nomás hacían los castillos para el día de las fiestas, o sea no vendían la mercancía fuera de la Candelaria, como actualmente pasa. No era para negocio, el pueblo les daba dinero porque tenían que comprar material... unos cobraban por el trabajo, pero otros no... Los coheteros se dedicaban a la tierra, aun los coroneros, de todos modos

a la tierra se dedicaban y los que hacían las canastas igual, todos se dedicaban a la tierra y todos se mantenían de la tierra... en tiempos extras hacían sus artesanías... en ese tiempo.

En fin, esta serie de recuerdos hilvanados por Don Dionisio complementan y amplifican el testimonio de Don Manuel y Don Miguel. En conjunto presentan aspectos de esa memoria local que se reconstruye desde el presente y que da cuenta de procesos sociales experimentados o percibidos por los vecinos de La Candelaria. Por lo que reconstruir el pasado desde la óptica del recuerdo y la memoria, es *reconstruir* la historia, es *reinterpretar* y aportar una nueva versión de lo acontecido y, por supuesto, no es el relato puntual de lo que realmente aconteció. Para ello, existen y se requeriría del concurso de otras fuentes y técnicas de investigación complementarias. Aquí me interesó compartir la *visión* que de los cambios recientes tienen nuestros “narradores/informantes”, la experiencia decantada por los años transcurridos en sus vivencias, la concepción que la distancia y la propia biografía marcan y dan forma a sus recuerdos (Aceves, 1988a, cap. IV).

A partir de sus propias palabras, de su memoria y de lo que para ellos es más significativo y digno de recordar es como se estructura esa visión e identidad con el pasado, en la historia local y personal de algunos habitantes de La Candelaria. Pueblo antiguo de Coyoacán que participa con su particular historia y especificidad cultural en esa “asamblea de voces” y diversidad de experiencia urbana que ha sido la Ciudad de México a través del tiempo. Por lo que el uso de las fuentes orales para la construcción de las memorias plurales de las diversas localidades integradas a la metrópoli es un recurso legítimo en la difícil tarea de conocer y comprender este espacio urbano tan complejo, desigual, diferenciado, estructurador de las semejanzas y propiciador de la fragmentación en los diversos ámbitos de la vida social urbana.

Bibliografía

ACEVES, JORGE

- 1987 “Coyoacán, notas y bibliografía para su historia”, en *Historias*, núm. 17, pp. 113-139, abril-junio. Dirección de Estudios Históricos-Instituto Nacional de Antropología e Historia (México).
- 1988a *Aportes para la construcción de la historia local de Coyoacán*, tesis de maestría en historia, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

- 1988b "El mundo de Hobsbawm", en *Historias*, núm. 19, pp. 184-188, octubre-marzo. Dirección de Estudios Históricos-Instituto Nacional de Antropología e Historia (México).
- 1989-1990 "Pueblos y barrios indígenas en México, D.F. La historia de los subalternos. Sobre Andrés Lira: Comunidades indígenas frente a la Ciudad de México", en *Cuadernos*, Revista de Ciencias Sociales, núm. 11/12, pp. 67-70, nueva época, septiembre-abril, CICS, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Guadalajara.
- 1991 "Coyoacán: una crónica de cambio local por la expansión de la Ciudad de México, 1920-1950", en *Comunidad, cultura y vida social: ensayos sobre la formación de la clase obrera*, Seminario de movimiento obrero y Revolución Mexicana, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 269-298 (Col. Divulgación).
- 1994 "Oscar Lewis y su aporte al enfoque de las historias de vida", en *Alteridades*, año 4, núm. 7, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, pp. 27-33.
- 1997 "Las fuentes orales en la investigación de las identidades y culturas urbanas en la Ciudad de México", ponencia presentada al Congreso Internacional Ciudad de México, 10-14 marzo, Consejo Mexicano de Ciencias Sociales, México, D.F., ms. inédito, 14 p.
- BERTAUX, DANIEL
1988 "El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades", en Joutard, Ph. *et al.*, *Historia oral e historias de vida*, Costa Rica, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Cuadernos de Ciencias Sociales, núm. 18, pp. 55-80.
- CUESTA, JOSEFINA
1996 "De la memoria a la historia", en Alted, A. (coord.), *Entre el pasado y el presente. Historia y memoria*, Madrid, UNED, pp. 55-89.
- FELJOO, MARÍA DEL CARMEN
s/f "Las luchas del barrio y la memoria colectiva", en *Estudios CEDES*, vol. 4, núm. 5, 37 pp. (Buenos Aires).
- FOLGUERA, PILAR
1985 "City space and the daily life of women in Madrid in the 1920s", en *Oral History Journal*, vol. 13, núm. 2, pp. 49-56, otoño.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR
1994 "La desintegración de la Ciudad de México y el debate sobre culturas urbanas", en VV.AA., *De lo local a lo global. Perspectivas desde la antropología*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, pp. 15-37.
1996 "Ciudades y ciudadanos imaginados por los medios", en *Perfiles Latinoamericanos*, vol. 5, núm. 9, pp. 9-24, diciembre. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (México).
- HALBWACHS, MAURICE
1925 *Les cadres sociaux de la memoire*, Alcan.
1980 *Collective Memory*, Harper & Row.
1990 "Espacio y memoria colectiva", en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, vol. III, núm. 8-9, Programa Cultura, Universidad de Colima.
- HOBBSAWM, ERIC
1988 "Inventando tradiciones", en *Historias*, núm. 19, pp. 3-15, octubre-marzo. Dirección de Estudios Históricos-Instituto Nacional de Antropología e Historia (México). Traducción de Jorge Aceves.
- HOBBSAWM, ERIC Y TERENCE RANGER
1983 *The invention of tradition*, Cambridge, Cambridge University Press.
- JALLA, DANIELE
1985 "Belonging somewhere in the city. Social space and its perception: The 'Barriere' of Turin In the early 20th century", en *Oral History Journal*, vol. 13, núm. 2, pp. 19-34, otoño.
- LAGARRIGA, ISABEL
1987 "La Candelaria Coyoacán: un ejemplo de ritos mortuorios", ponencia presentada al Simposio de Historia de las Mentalidades, México, D.F., mimeo, 21 p.
- LAGARRIGA, ISABEL, ANA MA. L. VELASCO Y FRANCISCO ZAMORA
1987 "La Candelaria, Coyoacán, zona de Patrimonio Cultural", ponencia presentada al Simposio sobre Patrimonio y Política Cultural para el Siglo XXI, organizado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Secretaría de Educación Pública, México, D.F., mimeo, 9 p.
- LEVI, GIOVANA, LUISA PASSERINI Y LUCELA SCARAFFIA
1981 "Vida cotidiana de un barrio obrero: la aportación de la historia oral", en *Cuicuilco*, año II, núm. 6, pp. 30-35, octubre. Escuela Nacional de Antropología e Historia (México).
- LEWIS, OSCAR
1961 *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, México, Fondo de Cultura Económica.
- MORA, TERESA Y ELLA F. QUINTAL
1987a "Religión e identidad en contextos urbanos", ponencia presentada al VI Simposio de Religión Popular, Identidad y Etnociencia, celebrado los días 26-29 de mayo, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, D.F., 15 p.
1987b "Identidad y patrimonio cultural en el pueblo de La Candelaria, Coyoacán", ponencia presentada al Simposio sobre Patrimonio y Política Cultural para el Siglo XXI, organizado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Secretaría de Educación Pública, México, D.F., mimeo, 7 p.
1988 *Fiestas tradicionales del pueblo de La Candelaria*, Coyoacán, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Cuadernos de Trabajo).
- PICCINI, MABEL
1996 "Acerca de la comunicación en las grandes ciudades", en *Perfiles Latinoamericanos*, vol. 5, núm. 9, pp. 27-32, diciembre. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (México).
- PORTELLI, ALESSANDRO
1988 *The Death of Luigi Trastulli and other Stories*. New Brunswick y Londres, Rutgers University Press.
1989 "Historia y memoria. La muerte de Luigi Trastulli", en *Historia y fuente oral*, núm. 1, pp. 5-32 (Barcelona).
- RAMOS A., GUILLERMO
1986 *Relatos de Don Jesús Ramos Romo. Narración e historia personal*, Jiquilpan, Mich., CERMLC.
- ROSALES, H. (coord.)
1994 *Cultura, sociedad civil y proyectos culturales en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-Universidad Nacional Autónoma de México.

- SAMUEL, R.
1976 "Local history and oral history", en *History Workshop Journal*, núm. 1, pp. 191-208 (Oxford, Ruskin College).
- SAMUEL, R. et al.
1984 *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Grijalbo.
- SEVILLA, AMPARO Y MIGUEL ÁNGEL AGUILAR (coords.)
1996 *Estudios recientes sobre cultura urbana en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Plaza y Valdés eds.
- SHOPES, LINDA
1993 "Más allá de la trivialidad y la nostalgia: contribuciones a la construcción de una historia local", en Aceves, Jorge (comp.), *Historia oral*, México, Instituto Mora/Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 243-253.
- SLIM, HUGO Y PAUL THOMPSON
1993 *Listening for Change. Oral Testimony and Change*, Londres, PANOS Publications.
- TEDLOCK, DENNIS
1991a "Learning to listen: Oral history as poetry", en Tedlock, Dennis, *The Spoken Word and the Work of Interpretation*, Pennsylvania, University of Pennsylvania Press, pp. 107-123 (1983).
1991b "Ethnography as interaction: The storyteller, the audience, the fieldworker, and the machine", en Tedlock, Dennis, *The Spoken Word and the Work of Interpretation*, Pennsylvania, University of Pennsylvania Press, pp. 285-301 (1983).
- 1991c "The story of how a story was made", en Tedlock, Dennis, *The Spoken. Word and the Work of Interpretation*, Pennsylvania, University of Pennsylvania Press, pp. 302-311 (1983).
- TRAVELEN, DALE
1989 "Oral history and the archival community: Common concerns about documenting twentieth-century", en *International Journal of Oral History*, vol. 10, núm. 1, pp. 50-58, febrero.
- VANSINA, JAN
1967 *La tradición oral*, Barcelona, Labor.
- VV.AA.
1994 *Antropología y ciudad*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

Entrevistas (realizadas por Jorge Aceves)

- Entrevistas al Sr. Dionisio Retiz Quintero, en La Candelaria, Coyoacán, septiembre de 1987.
- Entrevista al Sr. Manuel Velasquillo, el 15 de mayo de 1988, en La Candelaria, Coyoacán.
- Entrevistas a D. Miguel Luna Trejo, en La Candelaria, Coyoacán, durante junio de 1988.